

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 65. — Fondo particular, por don Manuel Moreno Churruca, teniente coronel de Infantería; pág. 67. — La telegrafía óptica en nuestras campañas contemporáneas y sus aplicaciones en las guerras del porvenir, (conclusión), por don Eduardo Gallego, capitán de Ingenieros; página 72. — Sección Bibliográfica: Material de los servicios administrativos que están á cargo de los cuerpos de Administración y Sanidad militar, por don Narciso Amorós, profesor de la Escuela superior de Guerra. — Los artilleros en la guerra con los Estados Unidos, por don Eduardo de Oliver Copóns comandante de Artillería, pág. 79. — Revista de la prensa y de los progresos militares, pág. 80.

Pliegos 43 y 44 del tomo II del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pliego 3.º del PRONTUARIO TÁCTICO PARA INFANTERÍA, por don Adalberto de Eguía, teniente coronel de Infantería.

Pliego 3.º de LÁMINAS correspondientes á la misma obra.

CRONICA GENERAL

DE LA INSTRUCCIÓN MILITAR.—UN JUEGO QUE NO SE JUEGA.—CONFERENCIAS SECRETAS.—COSAS MUY BONITAS Y MUY DESCONOCIDAS.—TRANSFORMACIÓN DEL FUSIL ALEMÁN.—LAS NUEVAS BALAS CIVILIZADORAS.

Convencidos de que la propagación de la ciencia militar entre todas las clases y todas las jerarquías de la milicia es el mejor, el único medio de mejorar las instituciones armadas, de darles robustez, fuerza, *disciplina* verdadera, en el concepto que esta palabra tiene realmente, ¿qué medios existen para difundir la instrucción militar? ¿cuáles son, entre estos medios, los más adecuados á las necesidades del ejército español? Veamos lo que sobre este asunto dice texto tan autorizado como el *Reglamento de campaña* del ejército alemán. «La instrucción teórica—establece—se desarrollará por medio del *juego de la guerra*, las *conferencias*, los *trabajos de invierno* y los *viajes de instrucción*.

¡Juego de la guerra! He aquí un *juego* que no podemos contar nosotros entre los medios de instrucción. «Cuando el director es experimentado—dice el *Reglamento*—conduce á resolver multitud de problemas relativos á la aplicación de los reglamentos y de la táctica teórica y experimental, poniendo al mismo tiempo á los oficiales en la obligación de tomar resoluciones rápidas.» Por desgracia, requiere este juego dos cosas, ó mejor dicho, tres: *querer* jugar á él; *conocer* los recursos de la táctica, para poder aplicarlos á las condiciones de cada caso particular; contar con un director experimentado y respetado como maestro por los jugadores. Pasemos, pues, á otro medio.

Conferencias. «Tanto si tienen lugar ante los oficiales de un cuerpo, como si se celebran en los círculos militares, estimulan é instruyen á la vez, ya sea que dilucidan ciertos hechos históricos ó determinados asuntos militares de notable importancia, ya tengan por objeto, el estudio razonado del reglamento...» En España son *reglamentarias* tales conferencias en los cuerpos. Esto es quizá un

secreto para el lector, pero, no lo tome á broma, son *reglamentarias*... Por este lado, pues, tampoco hay nada que hacer.

¡Trabajos de invierno! ¡Viajes de estudio! ¡Conferencias prácticas sobre el terreno! ¡Aprender el oficio bajo la dirección del que lo sabe, del que lo conoce á fondo! Todo esto es, indudablemente, muy hermoso, muy digno, muy honrado, tan honrado como es siempre hacer lo posible por servir bien al que paga... pero es alemán: es *alcohol de industria*, y aquí estamos por las cosas espontáneas, al natural. La medicina podrá ser buena; hásta sería fácil hallar otras; pero repetimos lo que ya escribimos el otro día: el enfermo no quiere tomarla. Muchos son los que no estudian porque creen que ya saben todo lo que es susceptible de saberse, poseyendo el *omnia re scibile*, el conocimiento de todas las cosas; otros, porque opinan que no han de saber más que lo que saben... y, entre estas opiniones, el ejército no deja de navegar por el piélago inmenso del desencanto, de la desilusión, de todo lo que significa pasividad hoy, falta de eficacia el día de la prueba.

*
* *

La prensa militar había tratado últimamente de la modificación del armamento que hoy usa la infantería alemana. Con motivo de la discusión de los presupuestos, el ministro de la Guerra de Alemania, general de Gossler, ha dado explicaciones que parecen terminantes y que aclaran lo que los periódicos habían anunciado respecto á este asunto:

«Inútil es decir—manifestó el ministro—que sin cesar tratamos de mejorar el armamento de nuestras tropas, y que hemos hecho numerosos ensayos con fusiles de pequeño calibre; pues, efectivamente, la adopción de un fusil de calibre reducido nos permitiría disminuir el peso de las municiones transportadas por el soldado. Pero el resultado de nuestros ensayos y los acontecimientos de la guerra hispano americana han demostrado que nuestro calibre de 8 milímetros responde perfectamente á las exigencias de la guerra moderna, y que nuestro fusil de la infantería presenta ventajas sobre las armas de calibre menor, sobre todo, á grandes distancias. Además, el citado fusil de 8 milímetros tendría mayor eficacia que un arma de pequeño calibre, particularmente contra una carga de caballería. En efecto, la bala de un calibre inferior á 8 milímetros no ocasiona más que heridas ligeras, de curación rápida, é incapaces de detener á jinetes que marchan á la carga. No hay, pues, que pensar en la adopción de una nueva arma».

«Pero, en cambio, continuó el general de Gossler, se adoptará al fusil actual un mecanismo de cierre debido al genio del inventor Mauser. Para poder fabricar gran número de estos mecanismos, hemos ya utilizado los créditos que anualmente se ponen á nuestra disposición para el armamento de las tropas y lo que quedaba de créditos anteriores. La transformación completa del armamento dependerá de los recursos pecuniarios de que dispongamos. De todos modos nos sería difícil introducir ahora un nuevo fusil en nuestro armamento, á causa de la enorme cantidad de cartuchos que tenemos en depósito.»

«El único defecto que puede achacarse al fusil actual es que se deteriora más rápidamente de lo que se había previsto; y esto á causa del empleo de la nueva pólvora. Jamás hemos tenido la intención de adoptar un nuevo proyectil

análogo á la bala *Dum-Dum* de los ingleses; porque, por motivos de índole moral, no nos sentimos inclinados á reemplazar el proyectil hoy reglamentario, de envoltura resistente, y que produce heridas limpias, por la bala inglesa, abierta y rellena de plomo blando, que produce terrible destrozo á pequeñas distancias. Los proyectiles explosivos están prohibidos por el convenio de Ginebra. Corresponderá á la conferencia sobre el desarme ó á otros acuerdos internacionales prohibir las crueldades inútiles, como las que resultarían de la adopción de la bala *Dum-Dum* ó la de otro proyectil análogo.»

*
*
*

Mientras en Alemania se rechaza la adopción de la bala *Dum-Dum*, en Inglaterra se *progres*a sin tregua en perfeccionar ese genero de proyectiles. Precisamente un médico alemán, el doctor Bruns, ha hecho ensayos interesantes con los proyectiles de esta naturaleza, que los soldados británicos emplearon en la batalla de Omdurmán, y los ensayos demuestran que es tan cruel como su hermana mayor, la bala *Dum-Dum*. En efecto, el doctor Bruns, sirviéndose del fusil Lee-Metford con cartuchos provistos de la nueva bala, disparó sobre un caballo vivo, que murió en el acto. La herida hallada en el corazón del animal tenía 23 centímetros de longitud por 19 centímetros de anchura; sus bordes eran muy irregulares y estaban recubiertos de pequeños fragmentos del proyectil. En la piel no se encontraron señales, ni de fragmentos mayores del proyectil, ni tampoco de agujero de salida. Los ensayos han demostrado que desde el punto de vista balístico, los nuevos proyectiles ingleses no son inferiores á las balas de 8 centímetros. Todas las heridas causadas á pequeñas distancias son mucho más graves que las producidas por balas de envoltura metálica completa. Particularmente, los destrozos causados en las cavidades orgánicas cerradas y rellenas de líquido, como el corazón, el estómago, el cerebro, son espantosos: el proyectil produce una acción explosiva muy violenta, y queda pulverizado. Puede afirmarse que las heridas son más graves que las causadas por las balas de envoltura completa hasta la distancia de 400 metros, tratándose de partes blandas, y hasta 600 metros en los huesos. A partir de estas distancias, las heridas que produce son del mismo género que las debidas á las balas que utilizan los demás ejércitos.

¿Prosperarán las balas que los ingleses quieren poner en moda...? Perderá la guerra ese carácter digno y severo que jamás han conocido los descendientes de Drake? Después de todo, ¿de qué se trata? dicen ellos, ¿De conquistar? ¿De matar? ¿De anular á las razas y á los pueblos decaídos? Pues entonces, ¡qué importa hacerlo por medio de la bala que hierde como la saeta ó con el proyectil deformable que abre ancha é irregular sima en el organismo! ¿Quién se preocupa del modo como pisa á la hormiga que se halla al paso?

NIEMAND.

1.º de marzo de 1899.

FONDO PARTICULAR

Hace tiempo, que algunos modernistas, llevados del mejor deseo y sin darse cuenta de los inconvenientes que presentan la mayoría de las novedades, abogan por la creación, en los cuerpos armados, de un fondo especial (llamémosle

particular) para subvenir á ciertas necesidades, no previstas en los reglamentos.

Los fondos reglamentarios, dicen, no pueden atender á infinidad de detalles, al parecer insignificantes, que, sin embargo, afectan directamente á la buena administración, régimen y bienestar de los cuerpos, porque las disposiciones que los reglamentan, redactadas con carácter general y atendiendo sólo á las principales necesidades, no alcanzan á preveer esos detalles.

No estoy conforme con esta teoría, porque en 38 años que llevo en el ejército, la experiencia me ha enseñado todo lo contrario.

Mientras subsistieron las direcciones generales de las armas, la fiscalización de aquellos centros en la administración de los cuerpos era tan intransigente, que jamás se toleró gasto alguno no comprendido en las cartillas y reglamentos, y los reglamentarios nunca se autorizaron sin justificar la necesidad imprescindible y demostrar la existencia, en caja, de los fondos suficientes. Sin embargo, los cuerpos vivían bien; no carecían de nada, y se hallaban en el mejor estado.

Suprimidos aquellos centros y quizá perdida con ellos la igualdad orgánica, administrativa y hasta estética, que existía entre todos los cuerpos de una misma arma, pueden los modernistas darse por muy satisfechos de la facilidad con que, en cada región, se logran ciertas concesiones que nunca habrían otorgado los directores generales, merced al interés con que los generales subinspectores, viendo de cerca esas pequeñas necesidades, que parece constituyen hoy el principal elemento vital de los cuerpos, aprueban, sin oposición, cuantos gastos justificados y útiles proponen los jefes principales.

Examinemos la utilidad y los inconvenientes del fondo particular, que nuestros modernistas consideran indispensable.

Suponiendo que para su creación no pretenderán se aumente con una nueva partida el presupuesto ordinario de los cuerpos, porque sería pretender lo imposible, no nos queda más medio de nutrirlo que distraendo una parte de los ingresos naturales; y esto habría de ser con la debida autorización, porque quien se atreviese á hacerlo sin ella incurriría en el delito de malversación de caudales públicos, castigado en el art. 408 del Código penal común, con pena que, según lo dispuesto en el 175, núm. 4, del de Justicia militar, lleva aparejada la pérdida del empleo.

Obtenida la autorización, el recurso único y general sería el de rebajar mayor número de soldados de los que hoy nutren reglamentariamente el fondo de material, que son dos por compañía, y los cuerpos montados algo podrían sacar también del arcón de la cebada; pero estos medios á más de esquilmanes y dañinos materialmente, para la alimentación de la tropa y del ganado, los considero inmorales, porque constituyendo, con los numerosos soldados rebajados, una clase privilegiada dentro de la tropa, libre é independiente desde la diana á la retreta, y cuyo servicio cargaría sobre los demás, forzosamente disgustaría á la masa general, con menoscabo de la satisfacción interior recomendada por las Ordenanzas, que es la base y fundamento de la buena disciplina.

Salvemos este escollo ó atenuemos sus efectos, limitando á un corto número los rebajados, que podemos llamar extraordinarios, y formemos un fondo rigurosamente administrado por la junta económica, con el firme propósito de no hacer más gastos que los acordados por unanimidad, y todos precisamente en

beneficio de la tropa, puesto que ella sola proporciona los ingresos; y beneficio directo, como, por ejemplo, la mejora en su alimentación con aumento de carne y vino en algunas de sus comidas, el arreglo y saneamiento de los dormitorios y dependencias del cuartel, su esmerada limpieza, y hasta la recomposición de ciertas prendas prematuramente deterioradas. Con este criterio, la junta económica tendría motivos para estar satisfecha de su proceder. ¿Pero este criterio y este rigor estarían exentos de corruptela?

Nuestra frágil naturaleza propende por desgracia á este vicio, y salvo contadas excepciones casi todos estamos dispuestos á caer en él sin darnos cuenta, unos por pereza y otros por su manera particular de ver las cosas; lo cual se demuestra con la observación que mutua y constantemente podemos hacer unos en otros. La moral es única é indiscutible, porque tiene sus reglas, sus límites y fronteras, perfectamente determinadas por la razón; y, sin embargo, nada es tan discutido como la moral; porque, lo que la razón alcanza siempre sin vacilar, no lo alcanza con igual seguridad el discernimiento.

Por esto creo que no faltarían corruptelas, y me atrevo á afirmar que la primera en que incurriría la junta económica al administrar el fondo particular, sería el abandono de la iniciativa en alguno de sus miembros; aquel que consideraría más digno por su celo, por su aptitud y por su probidad; y he aquí que, desde entonces, el jefe principal ó cualquiera otro, quedaría árbitro absoluto de la inversión del fondo, y, contando con la aprobación general, podría hacer de él, si se le antojase, mangas y capirotos; seguramente con el mejor deseo, pero exponiéndose á un error de criterio que apartándole de los principios inmutables de la moral, podría precipitarlo por la senda torcida de un caprichoso convencionalismo.

Ejemplo: Hay que montar la barbería de la tropa y parece natural que, para servir á hombres acostumbrados á las rústicas y sencillas de sus aldeas, son muy bastantes unos sencillos espejos, sobre una repisa de madera pintada; unas sillas de poco coste; algunos paños y las herramientas necesarias; todo en un local espacioso, claro y limpio. Pero pulsando la opinión ó sin pulsarla, se piensa que aquello es pobre; que hace poco favor al cuerpo, y por vanidad, se monta una peluquería de lujo con mil detalles innecesarios, cueste lo que cueste. Se ha convenido por vanidad en que el decoro del cuerpo así lo exigía, sin discernir que aquel lujo, ninguna utilidad directa ni indirecta reporta al soldado, y, por el contrario, se le ha causado un perjuicio, derrochando un dinero que es suyo, y debió economizarse para otras necesidades suyas también.

Ya estamos en la pendiente fatal, que puede arrastrarnos al abismo; porque el *decoro del cuerpo* es la sirena engañadora que nos seduce y subyuga.

Guiados por ella, empezamos nuestra obra de mejoramiento, y en alas de nuestro entusiasmo, logramos primero quitar á los dormitorios de tropa su aspecto pobre, con letreros de porcelana, elegantes faroles, espejos, cuadros y mapas; cortinas caprichosas y tapetes que ocultan las miserables mesas de provisión; tarjetones y cubreperchas ideales, en los que, como en todos los demás efectos, campean la franja roja, verde ó blanca, el número, la cornetilla, la granada ó las lanzas; y con otros mil adornos y detalles que, si algo perjudican á la sencillez y severidad propias de un cuartel, en cambio le dan un esplendor no exento de coquetería, que sorprende y cautiva al visitante.

En la cocina, además de las ollas y cafeteras necesarias, ponemos alguna cristalería, vajilla y cubiertos, para, cuando los fondos lo permitan, establecer un comedor, con sus mesas, cubiertas de blanco hule, sus servilletas y sus sillas, á fin de que el soldado pierda la costumbre inculta de comer en cuclillas, que trajo del pueblo; y los rancheros visten el traje de los cocineros de restaurant á la francesa.

Hecho esto, preciso será establecer un gran taller de carpintería y ebanistería, otro de zapatería á la altura de los mejores de la ciudad, y, por último, una grande imprenta donde puedan tirarse hasta periódicos, de la que sale diariamente la orden para distribuir á los oficiales, evitándoles así la molestia de esperarla en sus casas, pues seguros de hallarla al regreso, se marchan á paseo sin conocerla.

Seguidamente, montamos un lavadero mecánico perfeccionado, con legadora y secadora automática; un taller de costureras y otro de planchadoras, para devolver al soldado su ropa como la de cualquier caballero, y otro de quitamanchas para evitarle ese trabajo. Por último, un gabinete de lectura con varios periódicos y revistas y con recado de escribir para los que quieran hacerlo á su familia; una sala de billar y otros juegos lícitos, y otra con baños, duchas y masaje, completarían el cuadro de nuestras aspiraciones; y para el mejor servicio y orden perfecto, instalamos un motor de gas destinado á la elevación de aguas, con las transmisiones necesarias para dar movimiento á la maquinaria de imprenta, carpintería, lavaderos, etc., y una red telefónica que se extienda á todos los dormitorios y dependencias.

Más que cuartel, nos resultaría un centro industrial con toda su vida y movimiento, que forzosamente habría de llevar muy alto no sólo el decoro sino la reputación del cuerpo. Es cierto que ofrecería el inconveniente de emplear un numeroso personal, que de soldados pasarían á ser obreros, dejando muy escasa la fuerza disponible para servicio, y en el caso de formar, quizá ni sabrían terciar el fusil; pero este pequeño inconveniente, que se remedia con algunos días de instrucción, no es nada, al lado de las ventajas que reportarían el trabajo utilísimo de estos hombres.

Así constituido el cuartel, nos hallaríamos con nuevas deficiencias, muy salientes, que el decoro del cuerpo exigiría imperiosamente corregir.

El cuarto de banderas resultaría miserable con sus escasos y sencillos muebles, porque el descuento que se hace á los oficiales para su entretenimiento no alcanza á más. Aquí sí que se presenta, viva y candente, la cuestión moral. ¿Qué beneficio directo ni indirecto reportaría á la tropa el mayor ó menor lujo del cuarto de banderas? Ninguno. Pero el estado de brillantez en que se halla el cuartel, exige que esta dependencia no desmerezca de las demás, y el soldado á quien nada se escatima; que vive con lujo; que come bien, y que tiene cocineros, sastres, zapateros, ebanistas, lavanderas, costureras, planchadoras, quitamanchas, lectura, juegos, baños y duchas, ha de reconocer que no es el oficial de condición inferior á la suya, y por el buen nombre del cuerpo, por su propio prestigio ante la tropa, merece que se le instale decorosamente. Esta sola consideración es bastante para disipar la duda y destruir injustificados escrúpulos.

Aceptada la solución moral nos apresuramos á comprar lujosos cortinajes y

alfombras, elegantes muebles, cuadros, objetos de arte, reloj y escritorio; pero no vulgares, sino con color militar, utilizando la partesana ó la lanza para barras de cortina, el castillo, el tambor ó la mochila para la escribanía, el escudo Real ó el del cuerpo, en los sillones, reloj, guardabandera, etc., y con igual razón y motivo amueblamos también, con todo lujo, el cuarto del capitán de cuartel, convirtiéndolo en *boudoir* elegantísimo.

Pasamos luego á las oficinas y advertimos que las reglamentarias y rancias papeleras, si bien ofrecen la ventaja de poderse empacar y llevar fácilmente en marcha, no responden á las necesidades modernas ni son dignas de figurar en el despacho de los jefes, é inmediatamente las relegamos al cuarto de escribientes, substituyéndolas con lujosa mesa ministro, estantería y sillas de roble, añadiendo alfombras, cortinajes y todo lo necesario para darle el lujo y confort que hoy se disfruta en las oficinas de las más opulentas sociedades mercantiles.

Observamos también, con cierto rubor, que los caballos salen á paseo con una manta de munición, vistiendo los ordenanzas la característica blusa y boina, y decidimos adquirir unas mantas decentes, con su correspondiente franja roja ó verde, sin que falte el lema con número ó cornetilla, así como unos trajes para los ordenanzas, que son bastante discutidos, pues mientras unos proponen el terno azul y gorra de plato, otros, de gusto más exquisito, prefieren la chaqueta con mangas de distinto color y gorra de carrerista que usan los palafreneros de casa grande.

Serie interminable en la reseña de novedades y mejoras que, siguiendo este criterio, podríamos implantar; pues á mí mismo, que me propongo combatirlo, me seduce y arrastra, sugiriéndome ideas nuevas, como por ejemplo, la de un ordenanza de banderas ciclista, vestido con chaquetilla roja ó verde de triple y espesa botonadura, que desempeñaría sus funciones con la rapidez del relámpago.

Pero no hemos llegado todavía al fondo del despeñadero; queda el último tumbo, el salto mortal, que daríamos tal vez sin vacilar, impulsados por el más noble y generoso de los sentimientos. La filantropía; forma ideal con que disfrazamos la caridad.

Cualquier oficial ó individuo de su familia, sufre larga y penosa enfermedad que le origina gastos superiores á sus recursos, llegando al colmo si, por desgracia, sobreviniese la muerte. El compañerismo y el afecto particular que le profesamos, nos impulsan á favorecerle y ayudarle en tan triste y apurada situación, y lo primero que pensamos, es que urge facilitarle algún dinero. La idea de un guante ó de una suscripción surge espontánea; pero pronto es desechada al comprender sus inconvenientes, pues por una parte, nuestros modestos sueldos no nos permiten hacer el desembolso necesario para reunir una regular cantidad, y, además, ciertos espíritus susceptibles repugnan esa forma de recaudación, tan parecida á la limosna, que tal vez pudiera mortificar al beneficiado. No queda otro recurso que apelar al fondo, y en nuestro generoso afán no vacilamos; porque ¿quién se atreverá á vituperar un acto semejante? Se pagan los médicos, la botica y el entierro, y si es preciso, se compra un nicho, pues no hemos de consentir que la honrada pobreza de un digno compañero, lleve sus restos á la fosa común.

Raro, rarísimo sería el caso, pero pudiera existir, y si existiera, dudo que hubiera quien se resistiese á seguir el impulso general.

He trazado á grandes rasgos el camino peligroso que probablemente seguiríamos, si se nos concediese el fondo apetecido. Nuestros propósitos serían muy laudables; la administración integérrima; pero la inversión caprichosa é inmoral á todas luces, y los resultados negativos, pues á fuerza de empeñarnos en tenerlo todo superior, conseguiríamos una entidad que sería todo menos regimiento, con un alojamiento que parecería todo menos cuartel, y un personal compuesto de todo, menos de soldados. Rodeados de lujo y comodidades, desnaturalizaríamos una profesión en la cual la sencillez y la pobreza, son dogmáticas, porque constituyen el crisol que sublima las virtudes militares; y cuando, al toque de generala, hubiésemos de abandonar aquel aparatoso y complicado artificio para salir á campaña, á la vez que nos convenceríamos de su inutilidad, advertiríamos el descuido en que tuvimos otras atenciones más positivas, que en el momento crítico habrían de sernos muy necesarias.

Hasta el presente hemos pasado sin el tal fondo, y nada nos hace falta; porque, unas veces solicitando autorización y otras echando mano al bolsillo, tienen los cuerpos cuanto desean, aunque modesto y económico, y disfrutan de mobiliario decente en todas las dependencias; pequeños talleres, que bastan á sus necesidades; cocinas, lavaderos, etc. Sigamos, pues, así, que hoy más que nunca es oportuno, porque oyéndose en todos los ámbitos de la patria el grito unánime de regeneración, conviene demostrar, que si al ejército puede alcanzarle en cuanto se refiere á su organización y preparación para la guerra; porque así lo exijan determinadas circunstancias, no le atañe en su vida moral, que siempre fué, es y será ejemplo de virtud espartana y brillante espejo, en que pueden mirarse las más perfectas instituciones.

MANUEL MORENO CHURRUCA

Teniente coronel de infantería

LA TELEGRAFÍA ÓPTICA EN NUESTRAS CAMPAÑAS

CONTEMPORÁNEAS Y SUS APLICACIONES EN LAS GUERRAS DEL PORVENIR.

(*Conclusión.*)

El grueso de la división de caballería marcha, cuando menos, una jornada delante de la brigada de vanguardia de la columna, destacándose del grueso los escuadrones de descubierta á 10 ó 12 kilómetros y dando la mitad de su fuerza, para constituir las patrullas avanzadas 2 ó 3 kilómetros.

El grueso de la columna va á su vez precedido de su servicio de exploración que presta una brigada que cubre 6 ú 8 kilómetros de frente y marcha á media jornada de distancia, destacando á 4 ó 5 kilómetros la caballería que constituye la extrema vanguardia, formada por los escuadrones de reserva y las patrullas avanzadas 3 ó 4 kilómetros. El fondo de este servicio viene á ser en total de 8 á 12 kilómetros.

Es evidente que para que la caballería exploradora pueda cumplir con su cometido, necesita disponer de medios que le permitan comunicar con rapidez entre sí los diferentes elementos que forman la red de exploración, tanto en el sentido del frente como en el del fondo, así como también no perder el enlace que siempre debe tener su jefe con el comandante general del ejército, para transmitirle noticias y recibir sus órdenes.

Con este objeto en algunos ejércitos, como en los de Francia é Inglaterra, existen «secciones montadas de telegrafía ligera para acompañar á la caballería,» las cuales disponen del material adecuado eléctrico y óptico, y en otros, como en el nuestro, se dota á la caballería de aparatos volantes (Mangin de 0,07 m.) que llevan las secciones de obreros, á quienes se encarga de éste cometido, que dicho sea de paso nunca podrán cumplir á satisfacción. En las últimas maniobras de 1898, verificadas en el ejército alemán, se ha dedicado especial atención á ensayar y comparar los resultados obtenidos para la comunicación entre el jefe de la caballería exploradora y el del cuerpo de ejército, valiéndose de los siguientes medios: palomas mensajeras, ciclistas militares, aparatos volantes de telegrafía eléctrica y telegrafía óptica. Después de numerosas experiencias se ha llegado á la conclusión de que *la telegrafía óptica constituye el medio de transmisión más rápido y seguro.*

Aunque los resultados obtenidos en maniobras nunca deben considerarse como pruebas definitivas, creemos que la telegrafía óptica es la llamada en las guerras regulares á comunicar la caballería independiente, y la que preste el servicio de exploración á vanguardia de la columna, con el general en jefe, siendo las distancias que separan estos cuarteles generales (25 y 12 kilómetros respectivamente) las más apropiadas para su empleo, así como las condiciones de gran movilidad, poco peso del material, escaso volumen que debe llevar para poder seguir esas secciones la marcha de la caballería.

Quizás alguna vez, dado el enorme fondo que ocupa un cuerpo de ejército y aun una división, sea necesario emplear la telegrafía óptica para comunicar entre sí distintos elementos que vayan muy distanciados en la columna, ó para enlazar dos columnas que sigan caminos próximos, pero es indudable que esta aplicación será rara, pues al marchar el ejército por uno ó varios caminos, irá tendiendo línea eléctrica que lo une con la base de operaciones, y, por lo tanto, con la red permanente, valiéndose de la cual ó de las líneas transversales de enlace, existirá siempre dicha comunicación sin tener que recurrir á la telegrafía óptica.

3.^o *En reposo.*—Cuando las tropas acampan ó vivaquean, se establece el servicio de seguridad, que lo forman los centinelas, pequeños puestos, grandes guardias, sostenes y en algunos ejércitos como en el belga, grueso. El escalón extremo dista del cantón ó campamento de 3 á 5 kilómetros y algo más del cuartel general de la brigada ó división, que se establece casi siempre hacia el centro, y aunque la distancia no es muy grande, la topografía del terreno aconsejará en muchos casos el empleo de la telegrafía óptica, para unir con dichos cuarteles generales la posición que ocupen los sostenes. Como un cuerpo de ejército y hasta una división necesitan para acampar un espacio considerable, por las muchas tropas, ganado, carruajes y elementos de guerra que llevan consigo, casi nunca tendrán suficiente con un pueblo para establecer el campamento, siendo lo más probable que cada división ó brigada ocupen pueblos ó caseríos próximos, que deben estar en comunicación con el jefe superior de las fuerzas y con el cuartel general divisionario, prestando este servicio, con grandes ventajas sobre la eléctrica, la telegrafía óptica.

Mientras las tropas están acampadas ó acantonadas, se efectúan casi á diario reconocimientos y se practican distintos servicios de armas, como el de forra-

jeo, corte de leña, etc., ejecutándose trabajos de fortificación, arreglo de caminos, recomposición de puentes, etc., á alguna distancia del campamento por el frente ó flancos. Las columnas encargadas de la protección de estos servicios y trabajos, si son de alguna importancia, deben llevar una estación óptica volante, para estar siempre unidos con el grueso del ejército.

4.º *En la defensa de costas y de bahías.*—Para unir telegráficamente los distintos fuertes, baterías y demás obras de fortificación, cuando estén emplazadas en puntos elevados ó casi inaccesibles, así como para enlazar con las obras de la costa algunas baterías, situadas en islotes próximos, como les sucede á la batería de Punta Gorda y trincheras de Cayo Smit en la bahía de Santiago de Cuba.

5.º *En la defensa de islas próximas y enclavadas en el territorio de las operaciones,* para establecer la comunicación entre ellas, siempre que no estén unidas por el cable ó aun existiendo éste, como medida preventiva, por si lo cortase el enemigo.

Esta aplicación es de suma importancia en España, para enlazar las distintas islas del archipiélago balear y del canario.

6.º *Para comunicar con la costa las islas próximas á ella ú otra costa,* como sucede con la isla de Vieques en Puerto Rico, ó con las de Cies en Vigo y aun con las de Ibiza y Mallorca, que pueden ponerse en comunicación con Denia (Alicante) y Montjuich (Barcelona), así como entre las costas de la Península y africana, que se unen telegráficamente por las estaciones montadas en Algeciras y en Ceuta.

7.º *Para comunicar varios puntos situados en la misma bahía,* cuando no es posible hacerlo por tierra, como sucedió en la insurrección filipina del 96, en que éramos dueños de las plazas de Manila y Cavite, sin serlo de esta última provincia, que se hallaba toda en poder de los insurrectos.

8.º *En las plazas sitiadas,* para comunicar con el exterior y con los ejércitos de socorro, como ha sucedido en la plaza de Santiago de Cuba, que pudo hasta última hora transmitir órdenes al general Escario, cuando se acercaba á la plaza con su columna.

9.º *Para comunicar con las escuadras,* cuando se efectúen operaciones en combinación con la marina, ó sea conveniente darles ó recibir noticias lo mismo propias que referentes al enemigo, y

10.º *Como complemento de la telegrafía eléctrica,* pues dada la facilidad que existe de interrumpirse la comunicación eléctrica, bien por rotura de la línea ó por avería en ésta ó en los aparatos, las recomposiciones son frecuentes, exigiendo para ellas bastante tiempo que no es prudente estar incomunicados, debiéndose disponer para evitar tal inconveniente, de estaciones ópticas que suplan á las eléctricas cuando estas no funcionen, ó que lo hagan simultáneamente con ellas, como sucedió en los sucesos de Melilla, en que los fuertes exteriores á la plaza comunicaban con ésta por línea eléctrica y óptica.

Finalmente, en todos aquellos casos en que á pesar de estar indicado el empleo de la telegrafía eléctrica, no se disponga del material suficiente, ó no haya tiempo para el tendido, ó no se quiera perder éste en efectuar el repliegue, cuando la línea haya de estar montada poco tiempo, puede recurrirse á la telegrafía óptica, aunque no resulte tan ventajosa como la eléctrica si hubiese podido establecerse.

GUERRAS IRREGULARES

Es un principio innegable, que en todas las operaciones de campaña, debe presidir siempre la unidad de mando, y si esto es hoy difícil de conseguir en las guerras regulares, lo es aún mucho más en las irregulares, que por su carácter especial obligan generalmente á dividir y diseminar las fuerzas, como consecuencia de la grande extensión del teatro de la guerra.

El enemigo se compone casi siempre de partidas más ó menos numerosas, que exigen para su persecución la formación de columnas relativamente pequeñas, y tanto éstas como aquéllas operan en zonas determinadas, ya aisladas, ya en combinación, reuniéndose y separándose, cuando así les conviene para realizar sus planes. Obligadas por esta táctica, las columnas perseguidoras tienen que adquirir una gran movilidad, aprovechando las confianzas y noticias sobre la situación de las partidas, para caer sobre ellas rápidamente, sorprendiéndolas, obligándolas á batirse, y dificultándolas en lo posible la retirada. Se comprende, pues, la importancia de las comunicaciones telegráficas, así como también las dificultades que se presentan para poder sostener las eléctricas en las zonas recorridas por las partidas insurrectas, que casi siempre cuentan con el apoyo de gran parte del país, en el que es imposible distinguir el amigo del enemigo, el leal del traidor. No hay, por lo tanto, más solución que emplear las líneas ópticas, que tienen en las guerras irregulares su principal aplicación, quedando reducido el uso de las eléctricas, á las provincias ó zonas en que el enemigo no ocupe más que posiciones de antemano conocidas, y sean las líneas fáciles de vigilar y, por lo tanto, de reparar.

Las campañas de Cuba y Filipinas son la mejor prueba de lo que decimos, y marcan el desarrollo que en ésta clase de guerras alcanza ó debe alcanzar la telegrafía óptica, estableciendo redes que enlacen en cada provincia ó zona de operaciones las residencias de los cuarteles generales de la división con los de las brigadas, con los centros de operaciones, con los poblados donde existan depósitos de víveres ó municiones, enfermerías, con los destacamentos principales ó con aquellos en que por su situación no puedan ser frecuentados por las columnas.

A pesar del enorme desarrollo de la red óptica en la isla de Cuba, han existido muchísimos casos de destacamentos sitiados por el enemigo varios días, sin tenerse de ello la menor noticia, hasta que ha pasado por sus inmediaciones alguna columna, y de otros que se han estado semanas y hasta meses abandonados por falta de comunicaciones. El *desideratum* en esta clase de guerras, es que cada brigada tenga establecidas sus comunicaciones telegráficas, bien eléctricas, bien ópticas, entre todos los poblados ó puntos donde haya fuerzas destacadas que pertenezcan á ella, único medio de evitar los inconvenientes señalados, alcanzándose, además, grandes ventajas para el buen éxito de las operaciones.

Tratándose de esa clase de enemigo, abundan los tiroteos y escasean los combates de importancia, y cuando éstos tienen lugar se desarrollan en campos de batalla, por lo general, de poca extensión, sin que en ellos se necesite hacer uso de la telegrafía militar, por tratarse de distancias pequeñas, en las cuales es más ventajoso el empleo de los ordenanzas montados. En cambio, como ya hemos repetido, las columnas se mueven mucho, y esta misma rapidez en sus

operaciones, impide el ir tendiendo línea eléctrica que las una con su centro de operaciones, prestando en este caso la telegrafía óptica grandes servicios, permitiendo las *estaciones volantes* establecer la comunicación, bien durante la marcha, bien desde los campamentos, con cualquiera de las de la red fija y, por lo tanto, con la residencia del jefe de la brigada, división y hasta con el general en jefe, como ocurría á todas las columnas que operaban en la provincia de Pinar del Río, unida por red óptica con la Habana.

En las campañas que tienen un carácter de conquista y ocupación de territorios, sin que puedan considerarse verdaderamente como guerras regulares, como les sucede á las de Mindanao y aun á la misma de Cavite, la telegrafía óptica substituye á la eléctrica, cuyas líneas sería imposible sostener dada la naturaleza del enemigo.

Finalmente y aunque todos los elementos y máquinas de guerra tienen en ella su principal aplicación, la telegrafía óptica puede prestar importantes servicios en tiempo de paz, comunicando las distintas obras, cuarteles y edificios militares de las plazas de guerra y principales poblaciones como Madrid y Barcelona, evitándose así que en los levantamientos políticos ú alteraciones importantes de orden público, queden incomunicados, con todas sus fuerzas, los gobernadores militares, dificultándose ó imposibilitándose el mando en los primeros momentos.

Aunque los grandes adelantos de la telegrafía militar son muy recientes, en España no se ha descuidado cuanto se refiere á rama tan importante del arte militar. El batallón de telégrafos, que puede sin disputa considerarse como modelo por su organización é instrucción entre los de su clase en los ejércitos europeos, con una actividad y celo dignos del mayor encomio, ha organizado durante las últimas campañas coloniales una compañía eléctrica y cuatro ópticas con destino á Cuba, una óptica para Puerto Rico y otra para Filipinas, que se disolvió por no considerarse necesario su embarque. Para esa organización y para la instrucción del personal se necesitaba un cierto tiempo, que, como es natural, era perdido para ser aprovechados sus servicios en las campañas, con los inconvenientes que esto supone.

Mientras ha durado la guerra con los Estados Unidos, han estado funcionando entre la Península y los distritos de Ultramar *ocho* compañías ópticas, aparte de algunas estaciones sueltas, que servían los regimientos de zapadores 1.º y 3.º; pero las campañas han terminado, el ejército de Ultramar ha sido repatriado, y las ocho compañías de telégrafos se han disuelto, quedando el batallón de la Península con la misma organización que tenía antes de comenzar aquéllas, es decir, con tres compañías eléctricas y una óptica.

Como la paz no es más que la preparación para la guerra, es indudable que debemos durante ese período de tranquilidad, organizar todos los elementos que son útiles en la guerra, y modificar todos aquellos servicios que en la práctica adquirida en las pasadas campañas, se haya visto que respondían imperfectamente á su objeto, aumentando ó suprimiendo aquellos otros cuya importancia ó inutilidad lo requiera. Como consecuencia del perfeccionamiento de los aparatos y progresos alcanzados en la telegrafía óptica, ésta ha tenido en nuestras campañas contemporáneas un desarrollo mucho mayor del que se podía esperar, poniéndose de manifiesto las ventajas que pueden resultar de su empleo y la importancia de su misión en las guerras regulares é irregulares.

El terrible desastre que hoy nos abruma ha puesto en evidencia deficiencias en la organización de nuestro ejército, que deben ser estudiadas y corregidas en los momentos actuales, en vez de entregarnos al pesimismo infundado, y ser víctimas de la apatía é indiferentismo que caracteriza el actual estado social.

Si algo en estas últimas guerras ha dado resultados superiores á lo que de ella se esperaba, ha sido la telegrafía óptica; nada, pues, más justo, ni más razonable, que elemento tan importante en la guerra, tenga en el conjunto del ejército la proporción, que los servicios que está llamado á prestar reclaman.

Las guerras modernas han ensanchado considerablemente el campo de acción de la telegrafía militar, y el número de sus aplicaciones crece de día en día. Si de imprescindible necesidad es el empleo de la telegrafía eléctrica, no lo es menos el de la telegrafía óptica, y hace falta disponer en el momento preciso de personal suficiente para aprovechar los servicios; tanto de una como de otra, bien independientemente, bien en combinación.

La paz que ahora disfrutamos es más ilusoria que real; hemos terminado una guerra, y lejos de tener asegurada por mucho tiempo nuestra tranquilidad, nuevos peligros nos amenazan; el resultado desastroso de la última contienda nos hace aparecer ante el mundo como nación insignificante y débil, á cuya situación felizmente no hemos llegado todavía, y ante esa idea no serían difíciles nuevas agresiones, motivadas por la avaricia de las naciones poderosas, ávidas de aprovechar fútiles pretextos; por otra parte, el problema hace tiempo planteado en el extremo Oriente, lejos de estar resuelto amenaza romper más ó menos pronto el cacareado equilibrio europeo, y aunque sigamos como hasta aquí, en ese aislamiento que tanto nos ha perjudicado, es lo más probable que nuestra neutralidad sea pisoteada por las potencias que más les convenga, dada la grande importancia que para los beligerantes tendrá la entrada en el Mediterráneo, y aparte de todo esto, las pasiones políticas, tan agitadas, al parecer, en estos momentos, las ideas reinantes regionalistas y otras causas, no sería difícil que nos condujeran á otra guerra civil, que nos acabe de deatrozar y de arruinar.

Este compás de espera porque atravesamos, debe ser aprovechado, para prepararnos y que no nos encontremos desprevenidos en futuras contingencias que nos obliguen á emprender la lucha, como ha sucedido en la pasada guerra.

El personal telegráfico por la instrucción especial que necesita, es imposible de improvisarse; es preciso, pues, tenerlo organizado en la paz, para que se encuentre siempre en disposición de prestar sus servicios en el momento en que sean necesarios.

Ahora bien, con *tres compañías eléctricas y una óptica*, que es en conjunto lo que existe en España, ¿hay suficiente para las necesidades de una campaña, sea regular ó irregular? La respuesta no admite duda, después de leído ligeramente cuanto llevamos expuesto, y sí puede asegurarse que tres compañías eléctricas no bastan ni con mucho para satisfacer las exigencias de una guerra moderna, es indiscutible que con una compañía óptica no hay, como vulgarmente se dice, «ni para empezar», y mucho más en un país como el nuestro, en que por ser de naturaleza montuoso y por las guerras defensivas ó irregulares que estamos llamados á sostener, tanta aplicación puede hacerse de la telegrafía óptica.

Gran parte del material telegráfico utilizado en Cuba y todo el de Puerto Rico ha sido remitido á la Península: contando ya con ese material, la creación de algunas unidades de telegrafía óptica, bien pocos gastos representaría al Estado, el cual no sólo podría utilizar los servicios especiales que como tales pudieran prestar, sino que contaría con ese aumento en el número de los leales defensores de la patria, y esos fusiles más para su sostén y su defensa.

Recuérdense sino las numerosas estaciones heliográficas atacadas por los rebeldes en los campos de Cuba, á cuyas defensas contribuyeron en parte los telegrafistas; recuérdese la honrosa conducta de los soldados indígenas de la estación del fuerte Victoria en Mindanao, que en vez de unirse á los disciplinarios sublevados, comunicaron el hecho á los fuertes de la línea, expidiendo uno de ellos, que logró ocultarse en la misma estación, el siguiente telegrama á Masahui: «Compañía sublevada; urgen refuerzos», firmando con el nombre del comandante militar, el heroico capitán de infantería Sánchez Anoyo, por no atreverse á poner el suyo, temeroso de ser despreciado; recuérdese también el valiente comportamiento del personal de la estación volante del Caney, cumpliendo la mitad de él su sagrada misión, durante el combate del 1.º de Julio, y batiéndose los restantes como buenos, y el ejemplo de abnegación y cumplimiento del deber de los telegrafistas de la estación de puesto Boniato, que próximos á ser cercados y copados por los americanos, permanecieron en su puesto de honor, hasta cumplir la orden recibida y comunicarla al general Escario, y por si todas estas pruebas no fueran suficientes, citaremos para terminar uno de los hechos más dignos de admiración, que se registran en la triste historia de la última insurrección cubana.

Allá por los principios del 97, numerosas fuerzas rebeldes con artillería, pusieron sitio al poblado de Guisa, defendido por escasa guarnición de infantería y dos piezas de campaña, y después de varios días de heroica resistencia, arrasados los fortines exteriores, inutilizada nuestra artillería, muertos ó heridos la casi totalidad de sus defensores y sin víveres ni municiones el resto, caía el poblado en poder de Calixto García, que hizo prisioneros á los pocos españoles que quedaron con vida. Durante el sitio, el personal de la estación telegráfica defendió su torre, sin dejar de comunicar á Bayamo cuanto ocurría, y cuando la defensa tocaba ya á su fin, por imposibilidad absoluta de continuarla, cuando la torre había sido destruída por la artillería de los rebeldes y se acercaba el momento de caer en sus manos, el sargento de ingenieros Julio Hurdísán, herido de metralla y falto de fuerzas casi para mover el manipulador, demostrando una energía y una virilidad propias de nuestra raza, trasmitía á Bayamo el siguiente telegrama, digno de eterna alabanza y á través de cuyas líneas se refleja una idea del deber, y una abnegación tal que inmortalizan su nombre.

*Enemigo sigue bombardeando esta torre.—Trasmito noticia desde el foso.—
Dos piezas hacen fuego contra esta torre.—Dentro del pueblo tiran otras cuatro
piezas.—Estoy herido de granada.—El cabo grave.—No puedo más.—Hurdisán.*

Madrid 24 enero de 1899.

EDUARDO GALLEGO,
Capitán de Ingenieros.

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

MATERIAL DE LOS SERVICIOS ADMINISTRATIVOS QUE ESTÁN Á CARGO DE LOS CUERPOS DE ADMINISTRACIÓN Y SANIDAD MILITAR, por *Narciso Amorós*, profesor de la *Escuela superior de Guerra*.—Madrid, 1898.—Un volumen de 232 páginas, con 197 figuras intercaladas en el texto.

El ilustrado profesor de la Escuela superior de Guerra, comisario don Narciso Amorós, ha condensado en este libro la descripción bien ordenada del material á que se refiere el título de la obra. Divídese ésta en dos partes, describiéndose en la primera el material de uso ordinario ó para la paz, y en la segunda el de uso eventual ó de campaña. Una ligerísima enumeración de las materias de que trata el libro bastará para indicar al lector su importancia. En la *Primera parte* se hallan descritos: material de panadería, para la carnización de reses, suministro de agua, fabricación de conservas y pastas alimenticias, reconocimiento de artículos de subsistencias, preparación de ranchos, preparación de forrajes ó raciones de pienso; material de acuartelamiento, comprendiendo el mobiliario, utensilio y menaje, lavado y desinfección de ropas, fabricación y conservación de los diversos efectos, etc.; material de suministros, como es el vestuario, equipo, correajes, etc.; material para la fabricación de tejidos, corte y confección de prendas; material de asistencia á enfermos y heridos, y de asistencia al ganado, medicamentos, etc.; material de transporte por vías ordinarias, férreas ó marítimas.

La *Segunda parte* abraza el estudio del material de subsistencias en campaña, panadería, carnización de reses, confección de ranchos, preparación de forrajes; material de campamento, ambulancias y transportes.

Aunque, dadas las dimensiones de la obra, muchos asuntos han de estar tratados sin grandes detalles, el método seguido por el autor, por una parte, y el gran número de figuras intercaladas por otra, subsanan el inconveniente que de aquella circunstancia pudiera resultar. Resulta así el libro del señor Amorós de utilidad suma, no sólo para los oficiales alumnos á quienes está dedicada, sino para los que sirven en los cuerpos ú otras dependencias militares que han de utilizar continuamente el material de los cuerpos de Administración y Sanidad. Conveniente sería que el autor, satisfaciendo una necesidad muy sentida, ampliara algunos capítulos de su bien escrita obra, haciéndola así de verdadera utilidad general para el ejército; en cuya masa deben difundirse conocimientos que precisamente no se divulgan por falta de libros adecuados para ello.

M. R. B.

LOS ARTILLEROS EN LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS, por *don Eduardo de Oliver Copóns*, comandante de artillería.—Madrid-1898.—Un folleto de 30 páginas; publicación del *Memorial de Artillería*.

Nuestro distinguido colaborador, don Eduardo de Oliver Copóns, amante como el que más de las glorias del cuerpo en que sirve, pone de manifiesto en este folleto los servicios prestados por sus compañeros en la desdichada guerra de 1898. Autoriza su trabajo con multitud de interesantes textos, entre los que

figura el siguiente, del escritor norteamericano Joseph Edgard Chamberlain, que tomó parte en la lucha:

«Siento una especie de tristeza cuando pienso que la mejor, más desesperada y más brillante batalla de la campaña de Santiago se me apareciera siempre como un combate sostenido por los españoles contra nosotros, en el que, á pesar de la noble, sostenida y notable bravura de nuestros soldados, fueron aquéllos, en cierto modo, los héroes..... De las pocas piezas de que disponían sacaron el mayor efecto posible, apoyaron bien los movimientos é hicieron buenos disparos..... El fuego de las trincheras de los españoles fué verdaderamente el corazón y el centro de trabajo del día, y por esto el heroísmo de nuestros soldados no sirvió más que para dar mayor brillo al heroísmo de sus antagonistas..... En medio de una granizada de tiros, podíamos ver á los españoles levantarse para lanzar sus descargas, sin que el sinnúmero de balas que caían en su trinchera les impidiese contestar tranquilamente á nuestro fuego..... Lo que yo puedo asegurar es que no hubo ningún español que escapase..... La Brigada de Chaffee marchó sobre San Juan aquella noche, pero el block-house se mantuvo como una espina en la carne en medio de las posiciones americanas, y sólo al día siguiente, y á costa de considerables sacrificios, se tomó..... ¡Se hallaron tres hombres en él.....»

Digno de ser leído es el trabajo del señor de Oliver Copóns, como triste lo que se refiera á la historia del gran desastre que jamás debemos olvidar.

REVISTA DE LA PRENSA Y DE LOS PROGRESOS MILITARES

Adopción de la pistola automática Mauser. — La *Admiralty and Hovre Guardes Gazette* escribe que es muy probable se adopte muy en breve la pistola automática Mauser en substitución del revólver que usan las tropas de la India. Muchos son los pedidos hechos de dicha arma, y los oficiales ingleses que la han probado en el tiro al blanco, hacen de ella muchos elogios á consecuencia de su gran precisión en el tiro. Dos son, sin embargo, las objeciones que se oponen en contra de la adopción de tal arma:

1.^a Que la bala, tal y como hoy es, no será suficiente para poner á un hombre fuera de combate, haciéndose preciso, por lo menos, que esté constítuida por el estilo de la *Dum-Dum* ó del modelo Hythe;

2.^a Que hay el temor de que la pólvora adoptada para esta bala no pueda conservarse, como la cordita, bajo la elevada temperatura de la India.

A estas consideraciones contesta el *Militär Wodrenblatt* del 14 de enero — que es el que da la noticia anterior — que por lo que conoce de los experimentos efectuados con la pistola Mauser, le consta se ha obtenido potencia suficiente para dejar fuera de combate; y que la cordita jamás se ha diferenciado de las demás pólvoras sin humo por una resistencia especial a la influencia de la temperatura y de los cambios de clima.

El mismo periódico dice, en fin, que los inventores de la pistola automática han construído, además de la bala totalmente revestida, otro proyectil con una semienvoltura, cuya acción contra blancos animados es bastante destructora; pero que sólo sirve para animales de caza menor, y nó contra hombres, como el proyectil *Dum-Dum*. — (De la *Rivista di artiglieria e genio*.)